

NÚMERO 140 — TOMO VIII

20 DE JUNIO DE 1926

# Reproducción

---

Director:

Elías Jiménez Rojas

SAN JOSE DE COSTA RICA

Apartado 250

---

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

29730

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Cubros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ó Recibos

Calonarios

Cubros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.



Cumplimiento

en la entrega

de trabajos.

# REPRODUCCION


No. 140 \* 20 de Junio de 1926 \* Tomo VIII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---




## Peter H. Goldsmith

Estamos de duelo.

A la edad de 61 años, murió, el 8 de abril último, el ilustre Director de la Sección Interamericana de la División de Intercambio y Educación de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional.

Por sus conocimientos, por su actividad y por su desprendimiento, realizó verdaderamente una obra de apóstol. No vemos por el momento quién pueda reemplazarlo y tememos que su muerte sea causa de la desaparición de la revista *Inter-América*, cuya edición española nos ha prestado inapreciables servicios.



# La edad madura y la juventud

por VICTOR S. YARROS

Abogado, nacido y educado en Rusia

Se da por sentado generalmente que existe un «conflicto irreconciliable» entre los padres y los hijos, o sea, entre la edad madura y la juventud. Los poetas, ensayistas, novelistas, moralistas, han escrito mucho sobre este dramático tema, y quizá nunca más perentoria e intensamente que durante la gran guerra mundial y la poco satisfactoria paz con que terminó. La juventud acusa a la edad madura de falta de corazón y de crueldad, de codicia y tendencias mercenarias, de cinismo y desdén por los valores espirituales. Nos dicen que «los viejos organizan las guerras y los jóvenes lidian las batallas», con todo el trágico derroche y sacrificio inevitables en los conflictos armados. Nos han dicho que los viejos gobiernan los despachos extranjeros y las relaciones diplomáticas de los Estados, y que su vanidad, egoísmo, insensibilidad y arrogancia, son respon-

sables por casi todas, si no todas, las disputas y animosidades que originan la guerra entre las naciones. Se ha incitado a los jóvenes, ya que no a derrocar el gobierno de la edad madura, a exigir, por lo menos, el reconocimiento de sus derechos y una parte equitativa de autoridad e influencia en la vida pública, con el fin de que el idealismo, la generosidad, la piedad, la simpatía y la fe, encuentren expresión en la política nacional e internacional. Se ha aconsejado a la juventud rebelarse en la literatura y el arte contra la pedantería, el dogmatismo y la intolerancia de la edad madura, contra el puritanismo, la hipocresía, la gatzmoñería y el obscurantismo.

En vista de los hechos que anteceden parecerá atrevido preguntar rotundamente si hay algún fundamento en la historia o en la experiencia humana para admitir que tan «irreconciliable conflicto» exista entre la edad madura y la juventud. Cierta escritor audaz no solamente ha propuesto esta cuestión: la ha contestado en sentido negativo. Esta contestación debería causar, y probablemente ha causado,



profunda introspección entre los jóvenes; y ciertamente debe haber ocasionado considerable satisfacción a los viejos.

*The New Statesman*, de Londres, el más autorizado y más sereno de los semanarios socialistas radicales, publicó un largo editorial sobre esta cuestión, que reza en parte como sigue:

Hay muchas personas que no pueden mencionar la palabra «juventud» sin evocar el cuadro sentimental de un joven con los ojos radiantes de idealismo, los labios inflamados con el fuego profético, una especie de Shelley calzándose un par de botas de siete leguas, con el objeto de encaminarse entre la hora del almuerzo y la hora del té a la Nueva Jerusalén. Indudablemente hay jóvenes de ambos sexos que se asemejan ligeramente a este retrato, pero no constituyen la generalidad de la juventud del día... Wordsworth observa con gran sabiduría que el niño es padre del hombre. Podía haber ido más allá todavía, diciendo que el joven es padre del viejo. La gente amable comienza generalmente a ser amable desde la cuna; la gente desagradable es desagradable desde los nueve años hasta los noventa. Hay excepciones que mejoran o empeoran con el tiempo, pero el octogenario corriente ha cambiado muy poco de carácter desde que salió de la cuna...

¿Hase visto acaso alguna imputación de

la juventud o de la edad madura—salvo que se trate de alguna imputación festiva—que valiera el papel en que estaba impresa? El pesimista lógico puede anatematizar a ambas en una censura general de la raza humana, pero solamente puede acusar a una de ellas a expensas de la otra, omitiendo todas las distintivas cualidades que les sirven de compensación.

Sería muy triste qué cuando hayan sonado los fatales treinta años, sólo pudiéramos esperar una lenta decadencia. A los treinta y cinco nos encontraríamos hundidos en el pesar de un pasado irrecuperable, en lugar de esperar el porvenir con la alegría que permite a los hombres proceder lo mejor que les es posible en la medida de sus facultades.

¡Palabras sobrias, veraces y llenas de sentido común! Es imposible refutar ni discutir con éxito el criterio expresado en la cita que antecede. ¿De dónde se ha originado entonces la noción de que la juventud es más noble, más idealista y más generosa que la edad madura? ¿Cómo es que hombres de talento y de juicio han escrito tantas simplezas acerca de un problema que no existe?

Talvez si examinamos algunos de los bien conocidos libros en que se ilustra o describe este supuesto con-

flicto irreconciliable, encontraremos la solución del enigma.

Analícemos la famosa novela de Turgenev, *Padres e Hijos*, que se considera una obra clásica en el tipo de literatura que discutimos. Describe, en forma dramática, el conflicto entre la juventud y la edad madura, entre el espíritu radical y el espíritu conservador; pero, en realidad, ni los padres ni los hijos son tipos representativos. El mérito literario de la novela es grande, pero como libro de tema es un fracaso. El héroe es un joven de ideas «avanzadas» sociales y morales, un carácter excepcional. No llega a ilustrar sus pretendidas convicciones. Se jacta de ser un «nihilista»—Turgenev inventó esta palabra.—Se avergüenza del sentimentalismo. Está en conflicto con sus padres, con la sociedad, con el Estado. Y, ¿qué hace de su vida? La sacrifica en un absurdo duelo realizado a consecuencia de una querrela más absurda todavía. Sus padres y sus parientes, por otra parte, son gente extremadamente convencional que no puede decirse que repre-



senta ideas intelectuales o filosofía alguna de la vida.

Examinemos también aquel notable libro *Father and Son* (Padre e hijo), por Edmund Gosse. Allí, a la verdad, el conflicto se describe en forma significativa: un conflicto religioso entre la ortodoxia y el liberalismo o heterodoxia. En esta historia el padre es una figura prominente que inspira respeto, si no simpatía. Mr. Gosse es bastante severo al juzgar a este padre, concediendo muy poca importancia a su sinceridad, a su horror del pecado, a su concepto del deber para con su propia familia y para con su Creador. Mas no se trata de esto. El conflicto en tales casos es penoso y a menudo trágico; pero, ¿es acaso un conflicto entre la edad madura y la juventud, o entre la juventud y la edad madura?

La misma cuestión puede proponerse después de leer el libro *My Boyhood* (Mi juventud), de John Muir, o el *Preface to Life* (Prólogo a la vida), de Arthur Symons. Estas dos atractivas personalidades describen conmovedoramente las luchas y pesadumbres de su temprana edad bajo el techo pater-

nal, su rebelión contra el dogmatismo, contra una virtud y «bondad» antipáticas, contra la intolerancia para con el escepticismo y para con la libertad de pensamiento.

Lo que no observan, sin embargo, la mayor parte de los autobiógrafos y biógrafos que describen conflictos entre padres e hijos a propósito de religión, de normas morales, o del concepto de la ley, del gobierno, de la propiedad, es el hecho importante de que estas falta de comprensión y querellas domésticas son simples incidentes y episodios en un gran conflicto social en que viejos y jóvenes combaten lado a lado en cada uno de los campos y ejércitos empeñados en la lucha. Cuando acontece que el padre y el hijo o la madre y la hija se encuentran en mutua oposición, sobreviene el drama doméstico; pero jamás ha sucedido que se produzca un conflicto entre todos o la mayor parte de los padres, por un lado, y todos o la mayor parte de los hijos, por el otro. Jamás se ha visto en la historia que la edad madura, a fuer de madura, estuviese en conflicto con la juventud,

a fuer de tal, en el dominio de las ideas y principios.

EL CONFLICTO SE PRODUCE SIEMPRE ENTRE LOS CONSERVADORES DE TODAS LAS ESFERAS Y EDADES Y LOS RADICALES DE TODAS LAS ESFERAS Y EDADES DE LA VIDA. No es posible mencionar idea alguna, por reaccionaria que sea, que no encuentre ardientes preconizadores entre multitud de jóvenes de ambos sexos. En cuanto a los movimientos radicales, progresivos o revolucionarios que conocemos, o de que habla la historia, es hecho incontestable que los caudillos intelectuales y los trabajadores prácticos en la mayor parte de estos movimientos, si no en todos, han sido hombres de edad madura o de edad avanzada. En nuestros días, por ejemplo, Lenín, Trotzky, Tchítcherin y sus colegas en el gobierno ruso del soviét, no son jóvenes, sino hombres de edad mediana; y el extraño movimiento fascista en Italia, tan sorprendente en su estilo como la empresa bolchevista, está igualmente acaudillado e inspirado por hombres de edad madura. En la Gran Bretaña, donde se supone que ha aparecido el antiguo liberalismo de «Mán-

chester» y se dice que el porvenir pertenece al partido obrero, o a una modificada y razonable variedad de socialismo, ¿quiénes son los nuevos caudillos, los guías y directores de la estrategia y la táctica? ¿Son acaso los jóvenes? No. Son personas de edad mediana y avanzada: Webb, Shaw, Olivier, Mc Donald, Snowden, Cole, Thomas, Henderson, Lawrence, Mrs. Bonfield, Clyne y todos los demás. Y si presumimos, por otra parte, que pueden fundarse esperanzas en el ala avanzada del partido liberal que favorece la cooperación, si no la coalición, con los obreros, ¿quiénes son los exponentes autorizados del nuevo y progresivo liberalismo? La respuesta es, también ahora, hombres de edad mediana: Sir John Simon, Keynes, Masterman, Mas-singham, Spender, Hobhouse, Gardiner.

Tampoco puede decirse que esta época sea excepcional con respecto a la madurez de sus caudillos intelectuales y político-sociales. Observemos las obras de los caudillos radicales y revolucionarios del siglo diecinueve: Fourier, Owen, Marx, Bakunín, Blanc, Proudhon, Kropotkín, Reclus, Hynd-

man, Henry George. Ninguno de estos hombres era joven cuando concibió y promulgó su evangelio particular, económico o social. Cada uno de ellos, sin embargo, influyó sobre una multitud de jóvenes de ambos sexos, y algunos de entre ellos continúan influyendo sobre hombres y mujeres jóvenes. A decir verdad, en casi todos los casos, los jóvenes radicales arrogantes repiten las enseñanzas de la edad madura y de la vejez; de manera que cuando atacan la autoridad y los cargos de sus mayores, claman realmente por la oportunidad de poner en práctica los mandatos de la vejez. Esas terribles ideas no son suyas propias, no han tenido tiempo de sentir las ni de vivir las; las han tomado de escritores ancianos. *¡Así la autoridad a que apela la juventud beligerante es, después de todo, la reaccionaria vejez!*

La antigüedad, la edad media, el período del renacimiento, todas las épocas, en una palabra, rinden igual testimonio. Sócrates, Platón, Zenón, San Pablo, Lutero, Erasmo, Bacon, Kant, Comte, Renan, Darwin, Spencer, Tyndall, Haeckel, Bergson, William



James, todos los innovadores y fundadores de escuelas fueron o son hombres maduros o viejos, dando al mundo los frutos de su labor intelectual y su paciente investigación.

Mas, terminemos ese punto. Hay pruebas abundantes de que no existe conflicto ni ha existido jamás, entre los viejos a fuer de viejos y los jóvenes a fuer de jóvenes.

Algunos escritores jóvenes han reconocido de mala gana este hecho, tratando de justificar la cruzada de la juventud contra la vejez con el supuesto descubrimiento de que la juventud no es cuestión de años, sino de espíritu, de temperamento y de tendencias innatas. Aseguran así que solamente la juventud es capaz de labor excelsa, vital, original; y cuando se señala a estos teóricos las obras de los «viejos maestros» —hombres ya viejos en años cuando se les proclamó maestros— se apresuran a explicar que los viejos pueden tener la mente joven, impulsiva y sensible a las nuevas corrientes, siendo, por ende, capaces de competir con la joven generación. Las confusiones y paradojas de esta modificación

de la aserción original serán evidentes para todos. Además, ¿qué prueba existe de aquel criterio de que solamente los espíritus jóvenes son capaces de producir obras de primera clase? Ninguna absolutamente.

Es innegable que la juventud y la edad madura son desemejantes en muchos sentidos. La juventud tiende a ser impulsiva, entusiasta, esperanzada, ardiente, en tanto que la edad madura se inclina a la duda, la irresolución, la deliberación. La edad madura tiene la experiencia de que la juventud carece y para la cual no existe sustituto. Es verdad que aquellas intuiciones, aquellos relámpagos de penetración, que, según Bergson, tan a menudo adelantan la ciencia y la filosofía, se supone que son más frecuentes en la juventud que en la edad madura; pero *el mismo Bergson reconoce que esos saltos mentales, esas mutaciones y relámpagos intelectuales, tienen muy poco valor, salvo cuando ocurren en quienes están penetrados y saturados del conocimiento del tema que podrían adelantar tales intuiciones y saltos. Las «ideas felices» no son siempre felices; y mien-*

tras más erudita es la persona y más comprensivo su conocimiento, más a sus anchas se siente en los dominios del pensamiento y más idónea es para producir brillantes generalizaciones y sugerencias fecundas. Quien ha dedicado veinte años a la investigación, experimentos y estudios en conexión con determinado problema—el asunto del cáncer, los factores de la evolución, la relación entre la naturaleza y la educación, tomando unos cuantos ejemplos solamente—tiene mayores probabilidades de tropezar con una idea fructuosa que el aprendiz novicio, por muy activa y alerta que sea su mente.

El hecho es que la naturaleza en este «múltiple universo», según la admirable frase de William James, nos presenta una paradoja concluyente en esta materia de cooperación en el conflicto entre la juventud y la edad madura. Esta restringe y atempera a la primera; la primera aguijonea y urge a la segunda. La vida es inconcebible sin la acción y reacción recíprocas de ambas series de cualidades: las cualidades de la juventud y las de la edad madura.

Ahora bien; las conclusiones a que hemos arribado parecerán talvez poco satisfactorias a muchos jóvenes del tipo insurgente. No ven la razón, dicen, de aceptar el mundo tal cual es. Reclaman el privilegio de discutirlo todo, de renovar antiguas controversias, de examinar de nuevo los documentos y revisar las pruebas. Rehusan aceptar, dicen, una religión hecha, una moralidad y una política hechas, arreglos económicos y sociales hechos. Esta actitud es comprensible; pero lo que se pierde generalmente de vista es la falacia que representa la suposición de que solamente los audaces progresivos discuten las instituciones y creencias existentes. Si los radicales insurgentes pueden cuestionarlo todo--como tienen ciertamente el privilegio--es indudable que los reaccionarios insurgentes pueden también discutirlo todo desde su propio punto de vista. Si los radicales pueden atacar la religión, el matrimonio, la propiedad y el Estado, en nombre de la libertad y el individualismo, los reaccionarios pueden atacar la tolerancia, el sufragio femenino, la libertad de palabra, el referéndum, el

juicio de jurado y los gremios de obreros, en nombre de Dios, de la iglesia, la sociedad y la unidad. Probablemente hay en la actualidad en Francia tantos realistas jóvenes como anarquistas, tantos fanáticos en religión como intolerantes ateístas. Si todo lo que es viejo debe echarse a la basura solamente porque es viejo, si han de existir prejuicios contra lo aceptado y establecido, ¿qué haríamos de las reformas y concesiones que la democracia ha arrancado a la tiranía, a las prerrogativas y al linaje? ¿En qué quedaría el derecho de discutir las reformas? ¿Por qué no retroceder a la esclavitud, a la inquisición, a la monarquía absoluta, a la ignorancia universal?

El sentido común y el sentimiento de realidad de la generalidad de los hombres han respondido tácitamente a estas preguntas. El derecho de discutir se concede, pero no se concede el derecho de derrocar y destruir. Los jóvenes son libres e independientes intelectualmente, pero las leyes e instituciones que se han desarrollado lentamente en el curso de los siglos deben ser respetadas en conjunto por los in-



quiridores e investigadores hasta que hayan logrado terminar su labor y organizar la sociedad a la luz de las nuevas verdades. «Las revoluciones no son retroactivas». ¿Por qué? Porque el sentimiento preponderante no toleraría que los irreconciliables reaccionarios deshicieran por completo la obra benéfica llevada a cabo por hombres progresivos. De igual manera el sentimiento preponderante no toleraría la destrucción inexcusable de instituciones que, en conjunto, responden a la naturaleza humana. El cambio es la ley de la vida, dice la juventud insurgente, y salta a la conclusión de que tiene derecho de cambiarlo todo a su arbitrio; pero olvida que el cambio tiene sus propias leyes, y que es tan imposible hacer cambios arbitrarios como prohibirlos por mandato del Estado o de la iglesia o de acuerdo con ciertas prerrogativas.

No sabemos lo que la evolución representará en lo futuro para la familia, el Estado, la institución de la propiedad, aunque tengamos indicios y vislumbres de cambios venideros. Mas, probablemente, la sociedad no tomará

muy a lo serio al insurgente que se imagina que, puesto que los cambios vendrán seguramente, puede ya proceder a violar toda ley existente con relación a la familia, al Estado o a la propiedad siempre que a él no le con venga.

Al lamentarse de las inconveniencias y restricciones impuestas por el actual orden de cosas, la juventud puede consolarse sabiendo que la edad madura tiene también consciencia de esos inconvenientes y busca incesantemente correctivos y remedios para los males sociales y morales. Por otra parte, mientras más reflexione la juventud en las cosas de la vida, en el proceso de la evolución social y moral, más infantil aparecerá ante sus ojos la tentativa de alistar a los jóvenes contra los viejos en movimiento de cualquiera índole. No es aventurado afirmar que si determinado evangelio emociona solamente a la juventud y deja fría, impassible e indiferente a la edad madura, ese evangelio no tiene, seguramente, bases sólidas; y, viceversa, cualquiera idea que atraiga solamente a la edad madura y no comprometa el

interés ni el corazón de la juventud, será pronto eliminada y repudiada por la misma edad madura.

Examinando el punto se encontrará que «Mucho ruido para nada» es el veredicto justificado respecto de ciertas contemporáneas o recientes «revoluciones» de la juventud con respecto a la literatura y al arte, e, incidentalmente, a la moral. Algunos poetas y novelistas juveniles han izado la bandera del realismo y del pesimismo. Pretenden que se han «atrevido a mostrarse ingenuos, veraces, sinceros, honrados». Han arrojado la reticencia a los cuatro vientos, han discutido el sexo clínicamente, y han desesperado del hombre y de la civilización. Según ellos, la corriente de los impulsos, emociones y pensamientos humanos está contaminada e indeciblemente inmunda, y todos los supuestos ideales no son sino fraudes y falsedades. Los escritores de esta clase reducen el espíritu humano a «complexos» de tentación, de vicio, de vergüenza y de infamia. Habiendo sometido así al hombre a este psicoanálisis y habiendo descubierto que es grosero, lujurioso, bajo, innoble, insis-

ten en exponerlo en sus escritos como un fracaso miserable, lo mismo que su universo. Literalmente, no «reniegan de Dios y mueren»; pero tratan al hombre como a un animal de inteligencia extraordinaria que ha dominado el arte de la hipocresía, y declaran que están hartos de esta simulación, de este disfraz de virtud, de esta profesión de respeto por algún código moral, que, en su criterio, no son sino aires a lo Tartufo y, por ende, más ofensivos. Reclaman libertad para este animal licencioso que es el hombre y reclaman la libertad de retratarlo como tal.

Nada hay de científico en su rebelión. La ciencia misma atestigua contra ellos, porque la ciencia es humana, como lo es la filosofía, la religión, el arte, la sociedad y la organización industrial. ¿Qué explicación ofrecen el realismo clínico o el crudo pesimismo respecto de las creaciones del cerebro y del genio humanos: las catedrales, las sinfonías, las obras maestras literarias, la belleza en general? ¿Cómo explican la simpatía, el amor, la asociación, el servicio? ¿Cómo se concilia la «hipocresía» con la abnegación y

el martirio? ¿Por qué no han de ser los ideales y los valores espirituales tan auténticos como los apetitos, los vicios y los crímenes?

Decididamente, los escépticos y nihilistas sociales de nuestros días, por más que pretendan ser científicos, audaces, sinceros y buscadores de la verdad, son tan llenos de prejuicios, tan convencionales, arrogantes y superficiales como los inveterados reaccionarios a quienes denuncian con tanta violencia. La ciencia no apoya el pesimismo estéril y dogmático ni las acusaciones contra la humanidad en general. La ciencia es extremadamente cauta y nunca pierde de vista sus limitaciones. La ciencia, cuando acomete el estudio de problemas morales y sociales, procura ser tan exacta como lo es en el campo de la física, la química y la astronomía. No prescinde ni desecha series enteras de hechos porque moralistas estrechos los hayan interpretado mal. Busca una nueva y sólida interpretación de los hechos. Trata de observar firmemente la vida y de observarla en conjunto. No se inclina a rechazar nada porque sea



viejo o admitido, ni tampoco acoge con avidez indiscreta las nociones nuevas simplemente por ser nuevas.

Tanto en la vida como en el arte, el método de la ciencia y de la filosofía es diametralmente opuesto al de los jóvenes radicales destructivos e intolerantes que predicán y acaudillan una rebelión insensata, mórbida, contra la edad madura, contra la experiencia, contra los productos de la evolución étnica e histórica. El método científico no conduce a decir: «Abolid el matrimonio, el Estado, el gobierno social; burlaos de la reticencia y la modestia; rechazad la disciplina y el dominio de sí mismo; proceded de acuerdo con vuestros impulsos y dad brusca expresión a todas vuestras pasajeras y errantes fantasías». Este método dice: «Estudiad las instituciones y su origen; nos os dejéis arrastrar a fáciles y falaces generalizaciones acerca de la naturaleza humana; respetad el instinto y el sentido común de la humanidad; usad de discreción al formular hipótesis y teorías, y no vaciléis en modificarlas o desecharlas a la luz de nueva evidencia».

Ya sea el individuo joven, de edad mediana o viejo, si sabe lo que son la ciencia y los métodos científicos, y lo que es la filosofía, aplicará escrupulosamente este conocimiento al estudio de la moral, las ideas religiosas, los sistemas industriales, y los juicios o críticas de las producciones literarias y artísticas; y no cometerá el disparate de atribuir el monopolio de la sabiduría, la sinceridad, el valor o el idealismo ni a la juventud ni a la edad madura.

(De *Inter-América*)

Con pequeñas simplificaciones

---

---

## Idea de la libertad individual

Párrafos de J. V. LASTARRIA

La libertad individual es en la práctica la primera víctima de los resabios del antiguo régimen. Esta libertad es compleja, porque consiste en el uso de varios derechos, cada uno de los cuales da nombre a una libertad especial. Todas estas libertades constituyen la personalidad humana. Sin ellas,

o sin una parte de ellas, el hombre deja de ser lo que la naturaleza quiere que sea, pierde su integridad y su dignidad, y de consiguiente su vida se limita y se reduce en su intensidad y desarrollo.

El primer derecho que se comprende en la libertad individual es el de disponer de nuestra persona para estar, ir y venir donde quiera, y entregarnos a cualquiera ocupación, sin ser estorbados, impedidos o insultados por nadie. Esta es la libertad personal, que no puede existir completa si la ley no la garantiza, fijando con claridad y precisión los casos de delito positivo y no imaginario y la forma en que úno puede ser arrestado, mientras sea necesario para asegurar su responsabilidad por orden de magistrados responsables también y autorizados por la ley.

El segundo derecho es el que tenemos para usar de nuestra inteligencia, según nuestro libre albedrío, y con toda la amplitud con que usamos de la luz, del aire, del calor, porque el goce de la inteligencia, como el de todos estos dones comunes, admite hasta el infi-

nito la concurrencia de todos, sin peligro de estorbos ni de conflictos. Este derecho comprende el de pensar y opinar, el de creer y practicar un culto, el de enseñar, y de consiguiente, el de completar nuestro pensamiento por medio de la palabra escrita o hablada. Esto es lo que se llama el dogma del libre examen que hasta ahora sólo es garantizado y practicado completamente en los pueblos de origen británico. El derecho de pensar y de juzgar, el de tener una creencia religiosa y practicar libremente su culto, el de enseñar y comunicar por medio de la palabra lo que tenemos por verdadero, constituyen de tal modo nuestra individualidad, que si lo enajenáramos, o si la ley, el poder público, o la mayoría de la sociedad a título de mayoría, nos pusieran límites en su uso, o se arrogasen la facultad de dirigirlo, imponiéndonos un juicio, una creencia, una enseñanza, una verdad, no podríamos desarrollar libremente nuestra personalidad, y estaríamos sometidos a la más injustificable esclavitud. Ni la ley, ni la sociedad pueden imponernos la abdicación de nuestra

inteligencia, que cada uno de nosotros puede aplicar con toda independencia, sin peligro de atentar contra la libertad de los demás.

El tercer derecho que comprende la libertad individual es el de aplicar nuestras fuerzas al trabajo que creamos conveniente, y de hacernos dueños absolutos de los bienes que adquirimos por esta aplicación, por contratos y por sucesión hereditaria, sin que la sociedad ni la ley, el poder público ni los demás individuos puedan ponernos obstáculos, mientras respetemos en nuestros semejantes un derecho igual a la aplicación de su trabajo y a la disposición de sus propiedades.

El cuarto derecho es el de reunión o asociación, consecuencia indispensable de los derechos enumerados ya, pues el hombre no puede usar completamente de ellos si no tiene el derecho de asociarse para hacer, en unión de otros, lo que cada cual puede hacer personalmente. Sobre todo la libertad de pensamiento, la de trabajo y comercio serían nulas, o por lo menos limitadas, si los hombres no tuvieran el derecho de reunirse para practicar



una creencia, para comunicarse sus sentimientos, sus ideas, sus opiniones y discutir las o enseñarlas, y tomar resoluciones de interés colectivo; o si no pudieran asociarse para hacer un trabajo en común o practicar cualquier arreglo de interés.

Finalmente y como complemento de todos los derechos de la libertad individual, el hombre tiene el de exigir la igualdad de todos ante la ley. Tal es la igualdad de derechos, condición indispensable de la libertad individual, pues ésta no puede existir en el orden social ni en el político, si todos no tienen un mismo derecho al goce de su vida, al desarrollo de sus facultades, al uso de sus derechos civiles y políticos, y en fin a que no haya exenciones ni privilegios que excluyan a los unos de lo que se concede a los demás *en las mismas circunstancias.*

San José, junio 7 de 1926.

*Señor Secretario de la Municipalidad*

*del Cantón Central de la Provincia*

*Pte.*

Acuso recibo de la muy atenta nota en que Ud. me comunica el acuerdo tomado por esa Corporación el 28 de mayo ppdo.

Reconozco decididamente la alteza de miras que se revela en dicho acuerdo, y ruego al propio tiempo se me perdone la no aceptación del cargo particular para el cual he sido nombrado.

De muchos males adolece la enseñanza en nuestra provincia; pero si ellos perduran no es porque no hayan sido señalados.

Lo más que podría hacer la Municipalidad, en el estado actual de las cosas, sería aconsejar oficiosamente a la Secretaria de Educación. Ahora bien, aquí cabe decir, según el aforismo conocido: *A la Secretaria de Educación no le faltan consejos; es ella la que, por su naturaleza, tiene que faltar a los consejos.*

Doy las más expresivas gracias por el honor con que se me ha favorecido, y quedo muy atento y respetuoso servidor,

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

«No podemos admitir el poder absoluto de nadie, ni podemos ir a buscar nuestra inspiración en la plaza pública. Para nosotros, la cuestión no es saber qué cosa es popular sino qué cosa es justa y razonable».

**Hemos resuelto cortar las relaciones  
con los periódicos extranjeros que  
toman algo de nuestras páginas sin  
indicar que la traducción o selección**  
**===== ES AJENA =====**